

PRIMARANO

La profe nos ha mandado una redacción. Debemos escribir un cuento y nos ha dicho que no tenemos “limitación temática”, y ante nuestra cara de asombro ha tenido que explicarnos que podemos hablar de lo que queramos, “podéis hablar de cualquier cosa”, y ha añadido que la única condición es que no tenga faltas de ortografía y esté escrito con el corazón. “Para mañana”, nos ha dicho con tono serio, y yo sabía que se refería a los niños que se sientan al final de la clase, y no paran de hablar y no hacen caso a la maestra y no les importa que los castiguen. Lo ha repetido separando las sílabas: “pa-ra-ma-ña-na” y yo he pensado que no había por qué insistir pues ya lo habíamos apuntado en nuestra agenda y los de atrás seguían a lo suyo: hablando sin parar, no haciendo caso, dándole igual que los castigasen. Entonces me he preocupado. Y no por lo de las faltas de ortografía, porque siempre he sabido diferenciar *cayó* y *calló* y lo mismo con la *b* y la *v*. Lo que no sé es cómo se escribe con el corazón.

Llevo dos horas ante un folio en blanco, sentada en la mesa de la cocina, la barbilla apoyada en la palma de mis manos y el ánimo por los suelos. Me levanto y voy al salón. Contemplo la estampa. La abuela, la tita y mamá ven la novela y desde el cuarto del fondo se oye el suave ronquido de la bisabuela. Doy una palmetada en mi frente y vuelvo corriendo a la cocina. Ya lo tengo. Y comienzo a escribir:

“La Bisabuela Anselma, de mirada centenaria y en guerra contra el mundo, ha decidido hablarnos con dos vocablos: “trae aquello”, “pon más”, “ya vale” o “no molestes”, todo imperativos y complementos, y yo que los he aprendido en el cole con la profe de lengua le digo que su variedad es muy rica: pronombres, adverbios o adjetivos decoran sus órdenes. Entonces ella se enfada cuando yo, divertida, le recrimino su “déjame tranquila” y le expongo que esa orden lleva dos complementos, un directo y un predicativo, porque la maestra también nos



ATENEO de JEREZ

ENTRADA Nº 6 FECHA: 25-4-17

explica la sintaxis. Ella enfurecida lo rebate con un argumento ortográfico sin saberlo: “pero suena como dos palabras”, y le irrita aún más saltarse su propio castigo. Así que al final refunfuña y exclama “esta niña...”, volviendo a su penitencia en dos palabras.

La abuela Bernarda, pura bondad de pelo blanco, le disculpa todo y nos expone la vida tan dura que ha soportado la bisabuela, “que hemos soportado todas”, añade. Y me habla de sopas de ajos y sobrantes de pan, a los que llama chuscos, guardados en una bolsa de tela blanca y echados a la sopa para agrandar el plato. “Magia hacía la pobre”, me dice, aunque yo me quedo extrañada porque en esas historias de hambre heredada no aparecen conejos, ni chisteras, ni varitas. Cuando me siento con mi libreta en la mesa de la cocina a hacer sumas y restas mientras ella, la tita y mamá preparan la cena, a la abuela se le empañan los ojos de la memoria y me insiste en que estudie, “que al menos una de nosotras labre un futuro”, y posa su mano encallecida en mi cabeza mientras yo me llevo una del sustraendo y calculo la diferencia.

La tita Gertrudis bebe a escondidas chupitos de aguardiente pero su sonrisa bobalicona la delata. Entonces abre las compuertas de su memoria y habla sin parar y menciona por enésima vez al pretendiente del pueblo al que la bisabuela espantó. Relata que la vida nunca la ha tratado bien y “qué culpa tuve yo de que el bisabuelo y el abuelo muriesen en la guerra”, me cuenta con voz pastosa pero bajita para que la matriarca de la familia no la reprenda. Entonces se dirige al cuarto que comparte con mamá y alcanza un retrato de la cómoda y me muestra de nuevo su belleza juvenil en blanco y negro, que se marchitó para siempre en un futuro al que nunca le llegó el color.

Y al fin está Mamá, que no es la misma desde que Papá se fue. Nadie ha querido contarme nada pero yo sé que ahora tiene otra familia y por eso mamá apenas sonrío, y tiene el pelo más cansado y la voz más blanca, y se pasa todo el tiempo en la fábrica, lavando y

planchando para otros, y en la cocina haciendo la magia aprendida de las mujeres de la familia para poner un plato diario de comida. Tampoco ella sabe de conejos ni chisteras. Por eso se queda como embobada con la costura entre las manos o llora incluso cuando en la tele no ha muerto nadie. Y aunque yo esté en la mesa de la cocina dividiendo fracciones o apuntado la definición de Lope del amor o recitando *Egipto, capital: El Cairo*, sé que mamá es menos mamá porque no pudo aprender a ser feliz dividiendo o conociendo que amar es *desmayarse, atreverse, estar furioso* o que en El Cairo hay pirámides enormes y es la capital de Egipto.

El día que mi hermana se marchó a Londres para estudiar, las heridas de nuestra existencia se abrieron de par en par, y entendimos que la vida podía correr libre, fuera de nuestras cuatro paredes. Mi hermana soltó sus verdades ante las quejas de mamá y oí que hablaba de las estaciones, y de otoños e inviernos que ya duraban demasiado, y que nadie soporta el frío para siempre. Yo no entendí todo, pero lloré mucho su marcha.

Y así termina la historia de mi familia. Punto y final”.

Me quedé buscando un título, de nuevo las manos enmarcando mi barbilla y los ojos clavados en el techo. Pensé en mi bisabuela, en la abuela, la tita y en mamá. “Cuatro generaciones de otoño e invierno”, había dicho mi hermana cuando se fue. De pronto lo tuve. Abrí el libro de naturales. El ciclo de la vida: florecimiento, decadencia y renacimiento. Otoño, invierno, primavera y verano. Ellas nos habían salvado a mi hermana y a mí de las heladas, nos habían protegido de las ventiscas, nos habían librado de morir congeladas sin futuro. Nosotras habíamos aprendido a sumar y restar llevándonos una, a dividir fracciones, o a conocer la capital de Egipto sin haber estado allí o a *creer que un cielo en un infierno cabe*. Mi magia sería inventar una palabra para ellas, sacada de mi chistera. Escribí el título y lo subrayé: *primarano*, las estaciones que nos faltaban.